Max Paradox

¿UN PROBLEMA? TRANQUI. ¡TÚ PUEDES!

Se suponía que solo compraríamos más esta semana

Cómo gestionar el presupuesto de la compra del hogar cuando cambian los precios y el número de personas en casa



Se suponía que solo compraríamos más esta semana

Cómo gestionar el presupuesto de la compra del hogar cuando cambian los precios y el número de personas en casa

Max Paradox

Rozwiąż swój problem z przymrużeniem oka

ISBN: 9788384909133

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 5

Capítulo 1 - Por qué la compra siempre cuesta más de lo que habíamos previsto 11

Capítulo 2 - ¿Cuánto cuesta realmente vuestro hogar? 22

Capítulo 3 - Los precios cambian más rápido que nuestras costumbres 36

Capítulo 4 - Ahorrar de una manera que no ahorra absolutamente nada 48

Capítulo 5 - La tienda no tiene por qué decidir por ti 62

Capítulo 6 - Un presupuesto compartido, diferentes costumbres 73

Capítulo 7 - Cuando el plan de compras pierde contra la vida cotidiana 87

Capítulo 8 - Cómo construir una cesta de la compra que permita múltiples posibilidades 99

Capítulo 9 - Cómo establecer un presupuesto que realmente puedas mantener 112

Capítulo 10 - De las compras al control de gastos: un sistema sencillo de seguimiento 125

Capítulo 11 - Compra tanto como realmente consumís 138

Capítulo 12 - Cómo adaptar las compras cuando cambia el número de personas que viven en casa 151

Capítulo 13 - Cómo distribuir las compras a lo largo del mes para no gastar todo de golpe 165

Capítulo 14 - Cómo encontrar la tienda en la que realmente merece la pena comprar 175

Capítulo 15 - Qué hacer cuando el presupuesto deja de cuadrar 187

Capítulo 16 - Cómo organizar las compras cuando el dinero no alcanza para todo 200

Capítulo 17 - Compras imprevistas: qué hacer cuando la vida no conoce tu presupuesto 215

Capítulo 18 - Cómo mantener el orden en el presupuesto cuando desaparece el entusiasmo inicial..... 226

Capítulo 19 - Cuando hay que elegir: cómo tomar decisiones difíciles sobre las compras..... 239

Capítulo 20 - Tu presupuesto, tus reglas: cómo comprar con sensatez durante los próximos años 252

INTRO

Todo empieza de manera bastante inocente. Se está acabando la leche en la nevera, queda tan poco pan que parece que alguien ha organizado una actividad gastronómica clandestina durante la noche y en el armario hay medio paquete de pasta cuyo origen nadie recuerda. Además, hay que comprar algunas cosas para la comida, algo para el desayuno y esos productos básicos que, por supuesto, siempre deberían estar disponibles en casa. Te diriges al supermercado con un plan concreto. Gastarás como máximo doscientos, comprarás lo imprescindible y volverás sin gastos innecesarios.

Cuarenta minutos después estás delante de la caja, mirando el importe y preguntándote si, por casualidad, no acabas de comprar el equipamiento completo para un segundo hogar. En el carrito no hay nada especialmente lujoso. Ni champán, ni caviar, ni un conjunto de utensilios para construir tu propio restaurante privado. Hay productos normales, algunas verduras, lácteos, carne, productos de limpieza y unos cuantos artículos pequeños que, dentro de la tienda, parecían absolutamente imprescindibles. Sin embargo, el recibo sugiere que tu hogar acaba de entrar en una nueva categoría fiscal.

Entonces aparece ese pensamiento tan conocido: esta semana la compra será un poco más grande, pero la próxima volveremos a la normalidad.

Esa frase tiene una capacidad extraordinaria para sobrevivir. Se repite durante semanas, meses y, a veces, años. Se suponía que aquella compra más grande sería algo excepcional, que los productos adicionales durarían

bastante tiempo y que los gastos se estabilizarían en cuanto pasara aquella situación extraordinaria. Mientras tanto, la nevera sigue necesitando que la llenen, los miembros de la familia siguen comiendo y los precios, por lo visto, no participan en ningún acuerdo relacionado con nuestro presupuesto.

El problema es que la compra doméstica es una de las partes más variables de los gastos cotidianos. No compramos siempre lo mismo, en las mismas cantidades ni al mismo precio. Una semana están todos en casa; la siguiente, alguien se marcha de viaje, otra persona regresa, aparecen invitados o cambia el ritmo de vida familiar. Los niños comen de manera diferente durante las vacaciones que durante el curso escolar. Los adultos tienen distintos horarios, responsabilidades y costumbres. A veces cocinamos regularmente y otras veces el plan de preparar la comida pierde la batalla contra la realidad el martes a las cinco de la tarde.

A todo esto se suman los precios. Un producto que hasta hace poco comprábamos automáticamente de repente cuesta más. Una promoción nos anima a llevarnos una cantidad mayor, el tamaño del envase cambia y una alternativa aparentemente más barata resulta menos rentable de lo que indicaba la etiqueta. Podemos tener la sensación de gastar prácticamente el mismo dinero y, aun así, llevarnos menos productos a casa. O sucede lo contrario: compramos más porque algo está de oferta y solo después descubrimos que el ahorro ocupa medio armario y empieza a necesitar una vivienda propia.

En estas circunstancias, gestionar el presupuesto de la compra mediante la regla de «siempre gastamos lo mismo» deja de funcionar bastante rápido. Una cantidad fija puede

servir como punto de referencia, pero no es una frontera mágica después de la cual la comida deja de ser necesaria. Si cambia el número de personas que viven en casa, también cambian las necesidades. Si suben los precios, la misma cesta puede costar más. Fingir que estas circunstancias no existen no mejora nuestra situación económica. Lo único que mejora es el estado de ánimo de la hoja de cálculo, que sigue mostrando unas previsiones elaboradas hace varios meses.

Por otro lado, tampoco sirve de mucho vivir sin ninguna regla. Si cada vez compramos según nuestro estado de ánimo, el hambre que tenemos y lo atractivo que parece un envase, después resulta difícil averiguar adónde ha ido a parar realmente el dinero. Los gastos se dispersan entre multitud de pequeñas decisiones. Cada una parece razonable por separado, pero su suma puede sorprender incluso a alguien que se considera bastante ahorrador.

Normalmente intentamos resolver este problema de dos maneras. La primera consiste en apretarnos el cinturón. Establecemos un límite más bajo, decidimos comprar menos y nos prometemos tener más disciplina. Durante unos días todo parece funcionar. Después descubrimos que faltan productos básicos, que hay que volver a la tienda y que algunas de las comidas previstas ya no tienen sentido. El ahorro exige un gasto adicional y uno empieza a sospechar que su nevera está llevando a cabo una operación de sabotaje.

La segunda opción consiste en comprar para almacenar. Si los precios pueden subir, parece razonable aprovechar las promociones y reponer las existencias. A veces tiene sentido, pero únicamente cuando sabemos qué necesitamos realmente, cuánto podemos consumir y si tenemos espacio

para guardarlo. De lo contrario, convertimos nuestro dinero en productos que esperan pacientemente su turno hasta que, finalmente, caducan. Es difícil llamar ahorro a comprar algo que termina en la basura. Aunque en la caja hayamos conseguido un descuento impresionante.

Necesitamos, por tanto, un enfoque diferente. Uno que no dé por sentado que todas las semanas serán iguales, que los precios permanecerán estables y que todos los miembros de la familia comerán exactamente lo que habíamos previsto el domingo al preparar el menú. El presupuesto de la compra debería ayudarnos a tomar decisiones, no obligarnos a fingir que la vida funciona siguiendo una tabla.

En este libro trataremos la compra doméstica como parte de un sistema financiero familiar que podemos observar, corregir y adaptar. Aprenderás a distinguir los gastos habituales de los extraordinarios, a reconocer el coste real de la cesta y a evaluar si una promoción supone realmente una ventaja. Analizaremos cómo planificar las compras cuando cambia el número de personas en casa, cómo tener en cuenta las variaciones de precios y cómo establecer límites que tengan sentido en la práctica, no solamente cuando quedan muy bien escritos en un papel.

También nos ocuparemos de lo que sucede entre una compra y la siguiente. Porque el presupuesto no termina en el momento de pagar los productos. También importa lo que ya tenemos en casa, lo que consumimos realmente, lo que desperdiciamos y por qué compramos tantas veces algo que probablemente se encuentra en algún lugar del tercer estante, detrás de un tarro cuyo contenido tiene una identidad todavía sin determinar.

No vamos a fingir que existe una cantidad ideal y universal para la compra de cualquier hogar. Un límite válido

para todo el mundo sería tan útil como un único par de zapatos de una talla que supuestamente les quedara bien a todos los habitantes del país. Importan los ingresos, el lugar de residencia, el número de personas, sus necesidades, sus hábitos alimentarios, la disponibilidad de tiendas y muchas otras circunstancias. En lugar de compararte con los gastos de otras personas, aprenderás a evaluar los tuyos y a tomar decisiones basadas en datos reales.

También será importante aceptar que no todos los meses pueden terminar con resultados idénticos. A veces gastaremos más porque los miembros de la familia han pasado más tiempo en casa. Otras veces será necesario reponer existencias o comprar una cantidad mayor de productos que se han terminado justo al mismo tiempo. Eso no significa automáticamente que hayamos fracasado. El problema comienza cuando no sabemos por qué hemos gastado más, si el gasto estaba justificado y cómo afectará a las semanas siguientes.

No necesitas un doctorado en economía, tres aplicaciones, cinco archivadores de colores ni una reunión familiar en la que cada persona tenga que justificar el consumo del último yogur. Necesitas unas cuantas reglas sencillas, un poco de regularidad y una mirada honesta a cómo funciona realmente tu hogar.

Lo más importante es que el presupuesto te ayude a recuperar el control y no se convierta en otra obligación imposible de mantener. No se trata de que cada moneda tenga que ser interrogada ante una comisión de investigación. Se trata de que sepas cuánto puedes gastar, en qué estás gastando el dinero y qué hacer cuando la realidad vuelva a decidir cambiar las reglas del juego.

Porque, efectivamente, se suponía que la compra solo sería más grande esta semana. Pero, visto que esta semana parece haber decidido quedarse con nosotros durante bastante más tiempo, quizá haya llegado el momento de aprender a gestionarla de una vez por todas.

Capítulo 1 - Por qué la compra siempre cuesta más de lo que habíamos previsto

Hay un momento del mes en el que uno empieza a sospechar que el dinero desaparece de manera organizada. No se han hecho compras espectaculares, nadie ha comprado un televisor nuevo, no ha habido ningún viaje espontáneo ni se ha reformado el cuarto de baño. No ha ocurrido nada que podamos señalar como principal sospechoso. Y, sin embargo, la cuenta bancaria tiene el aspecto de si alguien organizara regularmente pequeñas fiestas a las que no han invitado al propietario.

Basta con revisar el historial de transacciones. Lunes: supermercado. Martes: panadería. Miércoles: droguería. Jueves: otra vez el supermercado, porque faltaban algunas cosas. Viernes: compra después del trabajo, porque no hubo tiempo de preparar nada con antelación. Sábado: una reposición más grande de productos. Domingo: otra pequeña compra que supuestamente iba a ser la última. Cada transacción parece razonable. Ninguna parece especialmente peligrosa para el presupuesto doméstico. Sin embargo, cuando sumamos todas las cantidades, descubrimos que el sentido común, por lo visto, ha estado trabajando a plazos.

Precisamente por eso, controlar el presupuesto de la compra puede resultar bastante más complicado de lo que parece al principio. No tenemos un único gasto importante que podamos detectar y controlar fácilmente. Tenemos muchas decisiones pequeñas, tomadas en circunstancias diferentes, por personas distintas y, a menudo, sin ser conscientes de cuánto dinero se ha gastado ya. Además,

comprar no es algo que podamos simplemente eliminar del calendario. Hay que hacerlo, incluso cuando no tenemos ganas, tiempo ni una especial simpatía por los precios actuales.

La trampa del recibo individual

Uno de los errores más frecuentes consiste en evaluar los gastos basándonos en una sola compra. Volvemos del supermercado con una bolsa de productos y un recibo de 180 zlotys. Nos parece bastante dinero, pero, al fin y al cabo, hemos comprado cosas para varios días. Al día siguiente gastamos otros 40 zlotys en productos que faltaban. Dos días después, otros 60. No consideramos estas cantidades como partes de un mismo gasto porque cada transacción tenía un motivo diferente.

Sin embargo, al presupuesto doméstico le da exactamente igual si compramos todo durante una sola visita o si repartimos las compras entre seis establecimientos. Para nuestro bolsillo, lo que cuenta es la suma. Es una regla sencilla, pero sus consecuencias pueden sorprendernos. Podemos tener la sensación de que hacemos compras pequeñas y, al mismo tiempo, superar regularmente el límite que nos habíamos fijado.

Imaginemos un hogar que tiene previsto destinar aproximadamente 1.000 zlotys al mes a las compras. La primera compra grande cuesta 320 zlotys. Parece que la situación está bajo control. Después llegan tres visitas más pequeñas, en las que se gastan 70, 85 y 55 zlotys. Más tarde hay que reponer existencias por valor de 180 zlotys, comprar productos para preparar la comida por otros 90 zlotys y añadir productos de limpieza por 120 zlotys. En ese momento, los gastos ya ascienden a 990 zlotys, aunque quizá el mes solo esté a mitad de camino.

Nadie tiene por qué ser especialmente derrochador en esta situación. El problema está en que habíamos planificado una categoría de gastos, pero en la práctica hemos tomado muchas decisiones independientes sin observar cuánto costaban en conjunto.

Por eso, el primer cambio debería consistir en dejar de pensar en las compras como visitas individuales al supermercado. Hay que observar todo el período de referencia. Si establecemos un presupuesto semanal, debemos incluir en él todas las compras realizadas durante esa semana. Si es mensual, sumaremos los gastos desde el primer hasta el último día del mes, independientemente del número de recibos.

También conviene recordar que un recibo grande no tiene por qué representar un problema mayor que cinco recibos pequeños. A veces, una compra más grande está simplemente mejor organizada. Compramos los productos que necesitamos para varios días, en lugar de volver repetidamente a la tienda para adquirir artículos sueltos. Por tanto, no debemos considerar automáticamente que las compras grandes son malas y las pequeñas, seguras. Lo que debe determinar nuestra valoración es el coste total del período y el contenido de la cesta.

Cuando la compra de alimentos deja de ser solamente una compra de alimentos

Otra fuente de confusión es la falta de una frontera clara entre los diferentes tipos de gastos. Entramos en el supermercado para comprar productos para la comida, pero aprovechamos para llevarnos detergente para los platos, papel higiénico, pasta de dientes, pilas y algún producto de cuidado personal. Todo aparece en el mismo recibo. Cuando

llegamos a casa, anotamos el importe completo como gasto en alimentación.

Unas semanas después analizamos el presupuesto y llegamos a la conclusión de que el coste de los alimentos ha aumentado drásticamente. Sin embargo, una parte del dinero se ha destinado a productos que no tienen nada que ver con preparar comidas. Los gastos son reales, pero su clasificación es incorrecta.

No hace falta crear varias decenas de categorías ni llevar una contabilidad con precisión de una sola pastilla de mantequilla. Basta con decidir qué incluimos en el presupuesto básico de compras y qué preferimos observar por separado.

Una división práctica podría ser la siguiente:

- Alimentos y bebidas: productos destinados a preparar comidas y al consumo diario.
- Productos de limpieza del hogar: artículos de limpieza, detergentes, papel y productos para mantener la casa.
- Higiene personal: cosméticos básicos, pasta de dientes, champús y artículos similares.
- Compras adicionales: dulces, aperitivos, productos ocasionales y artículos que no formaban parte del plan básico.

No existe una única forma obligatoria de hacer esta división. En una casa, los productos de higiene se comprarán junto con los alimentos y se contabilizarán dentro del mismo presupuesto. En otra, la familia querrá controlar con precisión los gastos de alimentación y, por eso, separará los productos de limpieza y los cosméticos. Ambas opciones son válidas, siempre que las reglas se mantengan constantes.

Lo peor que podemos hacer es cambiar la clasificación dependiendo del resultado que obtengamos. Cuando los gastos en alimentación son elevados, trasladamos algunos productos a la categoría de gastos domésticos. Cuando los productos de limpieza superan el límite, empezamos a contabilizarlos como compras de alimentos. De esta manera no estamos gestionando el presupuesto, sino practicando una contabilidad creativa cuyo único destinatario es nuestra propia conciencia.

También es importante separar los gastos en alimentos de los gastos en comida fuera de casa, si queremos saber cuánto nos cuesta realmente abastecer el hogar. Una comida comprada durante una salida puede formar parte del presupuesto alimentario, pero su coste y su naturaleza son diferentes de los de comprar productos para preparar varias comidas en casa. Podemos combinar ambas categorías si ese es nuestro objetivo, pero debemos saber exactamente qué estamos midiendo.

Por qué la semana excepcional dura todo el mes

Las compras domésticas tienen otra característica: sus importes no se distribuyen de manera uniforme. Una semana gastamos poco porque tenemos existencias suficientes. La siguiente necesitamos comprar varios productos que se han terminado casi al mismo tiempo. Después llega el momento de reponer los artículos de limpieza, comprar más carne o adquirir productos que utilizamos con menos frecuencia.

Si observamos únicamente una semana, podemos sacar conclusiones equivocadas. Consideraremos ejemplar una semana en la que hemos gastado 250 zlotys y veremos la siguiente, en la que hemos gastado 550, como una prueba de que hemos perdido el control. Sin embargo, esa segunda

semana puede haber incluido la reposición de productos que compramos una vez cada varias semanas.

Imaginemos una familia que compra una cantidad importante de productos básicos al principio del mes. Durante la primera semana gasta 600 zlotys. En la segunda, 280; en la tercera, 310; y en la cuarta, 290. El gasto total asciende a 1.480 zlotys. Si la familia considerara la primera semana como su nuevo nivel habitual de gasto, podría aumentar innecesariamente el presupuesto previsto. Si, por el contrario, la interpretara exclusivamente como una semana fallida, podría empezar a restringir los gastos durante los períodos siguientes, aunque el coste total no hubiera sido consecuencia de un error puntual.

Por este motivo, hay que distinguir entre las compras habituales y la reposición periódica de existencias. No se trata de crear presupuestos independientes para cada tipo de producto, sino de reconocer por qué una semana ha sido más cara.

Resulta útil hacerse tres preguntas:

1. ¿Hemos comprado más porque hemos consumido más productos de lo habitual?
2. ¿Hemos comprado más porque los precios eran más altos?
3. ¿Hemos comprado más porque hemos repuesto existencias de una sola vez?

Por supuesto, las respuestas pueden combinarse. Si durante una semana hay más personas en casa y, además, se terminan varios productos básicos, el recibo más elevado tiene dos causas justificadas. El simple hecho de superar el límite semanal todavía no nos dice si algo ha salido mal.

Las compras que nadie había previsto

No todos los gastos responden a necesidades planificadas. Algunos aparecen porque durante la compra vemos algo atractivo, recordamos un producto que podría venirnos bien o reaccionamos ante una necesidad del momento. A veces compramos artículos por motivos razonables, pero en cantidades inadecuadas. Otras veces tomamos la decisión exclusivamente porque el producto está rebajado.

Especialmente engañosas son las compras que presentamos como una forma de ahorrar. Vemos una promoción de un producto que utilizamos regularmente y compramos varios envases. Si realmente los consumimos en un plazo razonable y el precio es favorable, puede ser una buena decisión. Sin embargo, si compramos algo únicamente porque cuesta menos, empezamos a confundir un precio bajo con un gasto reducido.

Un producto que cuesta 12 zlotys y está rebajado desde 18 no significa que hayamos ahorrado 6 zlotys. Solo habremos ahorrado esa cantidad en comparación con la situación en la que hubiéramos comprado exactamente el mismo producto a su precio habitual. Si antes ni siquiera teníamos previsto adquirirlo, hemos gastado 12 zlotys adicionales. Es una diferencia que conviene tener presente.

Esto no significa que debamos evitar las promociones. Significa que tenemos que comprobar si responden a una necesidad real. Una buena oportunidad no deja de serlo porque no estuviera planificada, pero su rentabilidad debe depender del uso posterior del producto, no de la etiqueta roja colocada en el estante.

También merece la pena observar hasta qué punto influye en nuestros gastos el momento en que tomamos las decisiones. Las compras realizadas con prisas, después de

un día agotador o sin ninguna idea de qué vamos a preparar para comer suelen terminar con elecciones más improvisadas. No se trata de una falta de carácter. Cuando estamos cansados, resulta más fácil elegir soluciones disponibles de inmediato, aunque sean más caras o estén menos pensadas. La planificación no pretende eliminar la espontaneidad, sino reducir las situaciones en las que cada decisión exige volver a pensar desde cero en todas las necesidades del hogar.

¿Quién hace realmente las compras?

En un hogar, normalmente hay más de una persona que gasta dinero. Incluso cuando una sola persona se encarga de la mayoría de las compras, los demás miembros de la familia pueden comprar por su cuenta pan, aperitivos, bebidas o productos que necesitan en el momento. A esto se suman las compras por internet, las entregas a domicilio y las visitas ocasionales a establecimientos que nadie considera parte del abastecimiento principal.

Como resultado, la persona responsable de la planificación puede desconocer el importe total de los gastos. Ve sus propios recibos y concluye que todo está dentro de lo previsto. Mientras tanto, otra persona añade varias decenas de zlotys cada semana.

No tiene mucho sentido resolver este problema controlando cada transacción de los demás. Es bastante más eficaz establecer una regla común: todos los gastos que pertenezcan al presupuesto de compras deben ser visibles en un mismo lugar. No es necesario anotarlos inmediatamente después de salir de la tienda, pero sí deben incluirse en el resumen.

Si todos se benefician de las compras, el presupuesto también debería ser comprensible para todos. No puede existir exclusivamente en la cabeza de la persona que recuerda que esta semana ya hemos comprado dos paquetes de café y que no hace falta adquirir un tercero. Los demás no tienen la obligación de leer pensamientos ni de conocer el estado actual de la nevera.

También conviene acordar qué se considera una compra común y qué es un gasto personal. Si uno de los miembros del hogar compra regularmente productos destinados exclusivamente a su propio consumo, podemos contabilizarlos por separado. No siempre es necesario, pero en algunos hogares permite evitar situaciones en las que una persona responde de todos los gastos, aunque no todas las necesidades sean compartidas.

Antes de empezar a ahorrar, descubre cuánto gastas realmente

La primera tarea no debería ser reducir el presupuesto. Debería ser conocer cómo gastamos realmente el dinero. Puede parecer poco espectacular, pero permite evitar uno de los errores más costosos: reducir gastos que ni siquiera son la principal fuente del problema.

Durante las próximas dos a cuatro semanas, registra todas las compras que pertenezcan a la categoría que hayas definido. No cambies todavía tus costumbres únicamente para conseguir un resultado más bonito. Si normalmente compras en varios establecimientos, puedes seguir haciéndolo. Si realizas visitas adicionales a las tiendas, inclúyelas también. El objetivo es conocer la realidad, no organizar un concurso para elegir al consumidor más disciplinado.

En cada transacción, anota la fecha, el importe y el carácter general de la compra. Bastan unas cuantas etiquetas sencillas: alimentación, limpieza, higiene y compras adicionales. Si haces una compra grande, puedes señalar que ha incluido una reposición de existencias. No necesitas transcribir todo el recibo ni analizar el precio de cada zanahoria.

Al final de cada semana, suma los gastos. Observa el número de visitas a las tiendas, la proporción de compras adicionales y las situaciones que han provocado gastos no previstos. Después de varias semanas empezarás a reconocer patrones que no pueden apreciarse durante una única visita al supermercado.

Quizá descubras que el principal problema son las frecuentes compras pequeñas. Tal vez una parte importante del dinero desaparezca en productos adquiridos durante promociones que después no se utilizan. También es posible que no exista ningún mecanismo especialmente preocupante y que el límite anterior simplemente se hubiera establecido teniendo en cuenta precios desactualizados y necesidades diferentes de los miembros del hogar.

Cada una de estas situaciones requiere un enfoque distinto. No tiene sentido restringir las compras adicionales si la mayor parte del presupuesto se consume en productos básicos. Tampoco tiene sentido culpar a los precios de todos los gastos si una parte considerable corresponde a artículos que nunca habíamos previsto comprar.

Lo más importante es ser honestos con nuestros propios datos. Si gastamos más, debemos saber por qué. Si compramos demasiado, debemos identificar qué productos y decisiones provocan el problema. Si el presupuesto es insuficiente, tenemos que aceptarlo en lugar de

demostrarnos cada semana que esta vez seguro que lo conseguiremos.

El presupuesto de compras del hogar no es una evaluación de nuestro carácter. No dice si somos razonables, ahorradores o suficientemente organizados. Es una herramienta que debe mostrar cómo funciona realmente nuestro hogar en términos económicos.

Y precisamente por ahí conviene empezar. Antes de decidir gastar menos, averigua en qué estás gastando de verdad. De lo contrario, puedes pasar un mes entero luchando contra el problema equivocado y descubrir después, con gran satisfacción, que los ahorros no han aparecido porque desde el principio estabas persiguiendo al sospechoso equivocado.

Capítulo 2 - ¿Cuánto cuesta realmente vuestro hogar?

Hay dos maneras de responder a la pregunta de cuánto cuestan las compras de un hogar. La primera es rápida y normalmente sirve de muy poco. Consiste en lanzar una cifra que parece razonable, por ejemplo, 1.200 zlotys al mes. La segunda requiere detenerse un momento y reflexionar, pero proporciona un punto de partida mucho mejor: comprobar cuánto dinero gasta realmente el hogar, cuántas personas se benefician de esas compras y qué circunstancias influyen en el importe final.

La diferencia es fundamental. Una cantidad establecida por intuición describe nuestra idea de los gastos. Una cantidad obtenida mediante la observación describe la realidad. Y es precisamente con la realidad con la que tendremos que trabajar más adelante.

Muchas personas establecen su presupuesto de compras basándose en sus propias convicciones, en experiencias antiguas o en cantidades que recuerdan de meses anteriores. A veces utilizan como referencia los gastos de sus amigos. Alguien cuenta que una familia de cuatro personas consigue ajustarse a determinada cantidad y nosotros concluimos que también deberíamos poder hacerlo. Sin embargo, desconocemos qué productos compran, dónde hacen la compra, cuántas comidas preparan en casa, si incluyen los productos de limpieza en su presupuesto y con qué frecuencia los miembros de la familia están fuera del hogar.

Por tanto, comparar únicamente las cantidades puede resultar muy engañoso. Dos familias con el mismo número

de miembros pueden tener necesidades completamente diferentes. Una pasa la mayor parte del día fuera de casa y prepara principalmente las cenas. La otra hace todas las comidas en el hogar. Una compra grandes cantidades de productos una vez a la semana, mientras que la otra repone las existencias regularmente. Una tiene niños en una edad en la que las necesidades alimentarias pueden cambiar más deprisa que la talla de la ropa; la otra está formada exclusivamente por adultos.

Por eso, en lugar de buscar una cantidad universal, necesitamos construir nuestro propio punto de referencia.

El número de personas que viven en casa es solo el principio

Lo más sencillo sería suponer que el coste de las compras aumenta proporcionalmente al número de personas. Dos personas necesitan determinada cantidad de productos, cuatro personas necesitan el doble y seis personas, el triple. Las matemáticas quedan preciosas, pero la vida doméstica no siempre tiene ganas de colaborar con un modelo tan elegante.

En muchos hogares, una parte de los gastos es compartida independientemente del número de habitantes. No compramos un envase de detergente para los platos para cada miembro de la familia. No necesitamos cuatro botellas de aceite, cuatro paquetes de sal ni cuatro detergentes diferentes simplemente porque cuatro personas viven bajo el mismo techo. Algunos productos se consumen más rápidamente cuando hay más personas, pero otros siguen representando un gasto común.

Con la alimentación ocurre algo parecido. Una familia de cuatro personas no consume necesariamente el doble que

una de dos. Depende mucho de la edad, la actividad, las preferencias, el número de comidas que se preparan en casa y de si todos comen productos similares.

Por tanto, conviene observar quién utiliza realmente los productos que compramos para el hogar. El empadronamiento o el número de personas que figuran en los documentos no nos cuentan toda la historia. Lo que importa es la presencia efectiva en casa y la manera en que cada persona utiliza los recursos domésticos.

Por ejemplo, en una casa viven dos adultos y un niño. Los adultos trabajan fuera y el niño pasa parte del día en el colegio. En otra casa también viven dos adultos y un niño, pero todos pasan la mayor parte del tiempo en el hogar. Ambos hogares tienen tres miembros, pero sus necesidades de compra pueden ser claramente diferentes.

La situación resulta todavía más interesante cuando cambia el número de personas que permanecen regularmente en casa. Un niño pasa parte de la semana con el otro progenitor. Un adulto trabaja temporalmente fuera de su lugar de residencia. Alguien vuelve durante varias semanas a la casa familiar. Aparecen invitados que se quedan más tiempo del previsto. Cada una de estas situaciones puede modificar el consumo de productos, aunque el número oficial de habitantes siga siendo el mismo.

Por eso, un buen punto de partida consiste en elaborar una breve descripción del hogar. No tiene que ser un documento ni un perfil alimentario detallado. Basta con determinar:

- ¿Cuántas personas utilizan regularmente los productos que compramos?

- ¿Quién permanece en casa durante la mayor parte del día?
- ¿Cambia el número de personas que viven o permanecen en casa a lo largo de la semana o del mes?
- ¿Cuántas comidas preparamos normalmente en casa?
- ¿Hay alguien con necesidades de compra particulares que influyan claramente en los gastos?

La última pregunta es importante porque las necesidades no siempre se distribuyen de manera uniforme. Algunos productos los compramos para todos, mientras que otros están destinados a una persona concreta. Si un niño necesita regularmente determinados productos y uno de los adultos tiene hábitos alimentarios diferentes, no debemos fingir que todas las cestas de la compra son iguales.

Este reconocimiento permite comprender por qué el presupuesto de otra familia no tiene por qué ser una referencia adecuada para la nuestra.

El hogar tiene su propio ritmo y las compras deben adaptarse a él

El número de personas que viven en casa es una cosa, pero igual de importante es cómo se distribuye su presencia a lo largo de la semana. Un hogar no funciona al margen del calendario. Hay días en los que todos comen en casa y otros en los que la mayoría de las comidas se hacen fuera. Hay semanas lectivas, vacaciones escolares, períodos de vacaciones laborales y meses en los que el ritmo de trabajo cambia por motivos profesionales.

Imaginemos una familia que durante la mayor parte del año mantiene un estilo de vida bastante estable. Los adultos salen por la mañana hacia el trabajo, el niño se va al colegio y la comida compartida se prepara principalmente por la

noche. Durante las vacaciones escolares, la situación cambia. El niño pasa más tiempo en casa, aparecen desayunos, comidas y meriendas adicionales. De repente aumenta el consumo de pan, fruta, productos lácteos y otros alimentos. La familia no necesita comprar productos más lujosos ni cambiar sus costumbres. Simplemente, prepara más comidas en casa.

Si durante ese período intentamos mantener exactamente el mismo límite de gasto, podemos llegar a la conclusión de que las compras se han descontrolado. Sin embargo, lo que realmente ha cambiado son las condiciones en las que funciona el hogar.

Una buena manera de comprender esta relación es observar los llamados días en casa. No se trata de calcular de forma complicada cada presencia, sino de comprobar aproximadamente con qué frecuencia los miembros de la familia consumen comidas preparadas en el hogar.

Por ejemplo, podemos observar que durante una semana normal preparamos la mayoría de las comidas para tres personas durante cinco días y que los fines de semana cocinamos para toda la familia. En otra semana, todos permanecen en casa durante los siete días. Naturalmente, esa semana necesitará una mayor cantidad de productos.

Si queremos comparar los diferentes períodos con mayor precisión, podemos utilizar un indicador sencillo: el número de persona-días. Un persona-día representa a una persona que utiliza el abastecimiento doméstico durante un día. Tres personas que permanecen en casa durante siete días equivalen a 21 persona-días. Si una de ellas se marcha durante dos días, quedan 19 persona-días.

No es una medida precisa de la cantidad de alimentos consumidos. Un niño, un adulto y una persona con necesidades completamente diferentes no utilizan la misma cantidad de productos. Tampoco tiene en cuenta las diferencias entre las comidas preparadas en casa y las consumidas fuera. Sin embargo, puede ayudarnos a reconocer que dos semanas con gastos similares no necesariamente han tenido las mismas condiciones.

Por ejemplo, durante la primera semana gastamos 500 zlotys con 21 persona-días. Durante la segunda también gastamos 500 zlotys, pero uno de los miembros del hogar estuvo ausente durante buena parte de la semana, por lo que el número de persona-días fue de 15. En términos relativos, la segunda semana fue más cara por persona-día. Conviene comprobar si esto se debió a una mayor reposición de existencias, a la compra de otros productos o simplemente a una distribución irregular de las compras.

No es necesario realizar este cálculo todas las semanas. El indicador debe servir para explicar las diferencias, no para crear otra obligación que termine adquiriendo vida propia.

El precio, la cantidad y el contenido de la cesta son tres cosas diferentes

Cuando el recibo aumenta, solemos decir simplemente que todo ha subido de precio. Puede ser cierto, pero no siempre explica todo el cambio. El coste de las compras depende de al menos tres elementos: los precios de los productos, las cantidades adquiridas y la composición de la cesta.

El primer elemento es el más evidente. Si un producto costaba antes 5 zlotys y ahora cuesta 6, pagamos más por